

La tele: nuestro relato nacional

POR OMAR RINCÓN
FOTOS ARCHIVO EL ESPECTADOR

En Colombia la telenovela fue, y es, la manera más potente de descubrirnos, conocernos y encontrarnos como nación. En la pantalla televisiva, gracias a las historias de amor regional, aprendimos a reconocernos como una colectividad diversa y pluricultural. Contradictoriamente, nos reconocemos más en la ficción que en la información, somos una nación más cercana a la de las telenovelas, a los programas de humor y a la expedición Jorge Barón que a la de los informativos.

Colombia ha sido una nación muy provinciana; lo sigue siendo. Nuestros orgullos nacen y se imaginan desde lo tradicional local. La televisión como espejo / representación y producción / creación de la colombianidad ha documentado esas maneras costumbristas que nos marcan. El 13 de junio de 1954, cuando nació la tele en nuestro país, en la primera emisión ya aparecía esa colombianidad rural que nos produce nostalgia: Estampas colombianas, con Emeterio y Felipe, Los Tolimenses. Desde siempre, para reconocernos, tenemos que mirar-

nos en nuestra alma provinciana; en esa que nos sigue habitando las nostalgias y nos emociona el futuro. Siguiendo la premonición llanera que nos dice que “y así es la vida, la que nos marca el camino que debemos recorrer, para bien o para mal, ese es mi destino y qué le vamos a hacer”, la tele al comienzo celebró el ser cachaco clase mediero como referente desde donde mirarnos en la comedia Yo y tú (1956), de Alicia del Carpio. Pero poco le duró este centralismo narrativo.

La tele buscó la nación, pero al no saber cómo deambular por la geografía de nuestra memoria e imaginación utilizó como guía cultural y de relato a la literatura. Las narraciones audiovisuales dejaron la urbe y el arribismo bogotano y se metieron con el país de montaña y boyacense con El buen viaje (1968), de Eduardo Caballero Calderón; contaron ese enigma enorme de la tradición llanera en La vorágine (1975), de Rivera; reconocieron la vitalidad trágica y mágica de La mala hora (1975), de García Márquez; emocionaron el alma colectiva con el olor a tie-

Omar Rincón: Periodista cultural y crítico de televisión. Uno de los mayores conocedores de la televisión colombiana. Desde hace varios años tiene una columna de crítica en el diario El Tiempo de Bogotá.





Cuando la tele se acercaba a los treinta años de edad comenzó su rebeldía contra la literatura y las políticas de hacer obras cultas por obligación. Como la nación, se rebeló y decidió que era tiempo de contarse cómo era: seductora, colorida, divertida, "sin igual y siempre igual". Así, nació la telenovela colombiana, esa que no es ni mexicana ni venezolana, sino la de aquí.

rra caliente de Manuela (1975); y hasta intentaron la memoria con la historia que se nos escapa siempre del horizonte en Bolívar, el hombre de las dificultades (1979). Esta etapa de descubrimiento televisivo del país termina con el inicio de todos nuestros males en La mala hierba (1980), de Gossaín. Así, poco a poco, nos fuimos haciendo una imagen de nación, nos dimos cuenta de que éramos más diversos de lo que nos decían, descubrimos que no somos una sola cosa, sino un encuentro de diversidad de tradiciones aún no habitado.

Cuando la tele se acercaba a los treinta años de edad comenzó su rebeldía contra la literatura y las políticas de hacer obras cultas por obligación. Como la nación, se rebeló y decidió que era tiempo de contarse cómo era: seductora, colorida, divertida, "sin igual y siempre igual". Así, nació la telenovela colombiana, esa que no es ni mexicana ni venezolana, sino la de aquí. ¿Y cómo fue? Una telenovela regional, una cercana a nuestras costumbres, una que se pregunta por el "de qué estamos hechos los colombianos", una que encontró orgullo en lo

propio y se imaginó única. ¡Tan colombiana! Y, ¿cómo somos? Pues mexicanos, eso está en nuestra alma, pero no "a lo mero macho", sino a la pura ironía con Pero sigo siendo el rey (1984), de Martha Bossio. La "verdad verdadera" es que la tele nos llevó a aceptar y reconocer que lo que somos es caribe. Al vernos de plano entero en Gallito Ramírez (1986), de Martha Bossio, y en Caballo Viejo (1988) y Escalona (1990), de Bernardo Romero Pereiro, nos reconocimos alegres, imaginativos, coloridos, abiertos, espontáneos. Encontramos una marca del alma nacional: el mar, la provincia, las costumbres.

Y ahí, la tele (mejor, la telenovela) se atrevió a contar más país. Nos preguntamos por la triste y patética vida urbana del desarraigo, esa costumbre nacional de la injusticia en La historia de Tita (1988), de Pepe Sánchez, y en Amar y vivir (1989) y Los Victorinos (1990), de Carlos Duplat. Nos emocionamos mucho con esa vitalidad y frescura del Valle, esa manera espontánea y cómica que nos marca con El Divino y Azúcar (1989). También somos paisas, esa tierra del valor

y la palabra de la herencia con La casa de las dos palmas (1983), de Mejía Vallejo, y Café con aroma de mujer (1994-1995), de Fernando Gaitán; somos montaña dura de andar, recio espíritu santandereano y atravesadas maneras en La otra raya del tigre (1993); somos llano abierto y mágicos amores en La potra zaina.

Sin ser históricos ni histéricos, sin ser tan evasivos como los intelectuales ni tan obvios como nosotros los faranduleros, tenemos que aceptar la evidencia: hemos aprendido a ser nación, esa de las diversidades, esa de los olores y colores y sabores pluriculturales, en y por la telenovela. Y, aún más, la telenovela nos permitió reconciliarnos con las costumbres nuestras, nos hizo quitar la pena de nuestros coloridos y alegres modos de ser, nos dignificó en la música, el humor y la leyenda. El descubrimiento mayor: Colombia es caribe, así lo confirmó la telenovela en Momposina, Las Juanas, La costeña y el cachaco. Y así, también, de la lágrima del melodrama terminamos por construir un urbano más diverso, que se reconoce en su popular y se asume en su contradicción

en Yo soy Betty, la fea (1999), de Fernando Gaitán, y Pedro el escamoso (2000) de Dago García y Felipe Salamanca.

La telenovela es nuestro gran relato nacional, pero también tenemos los chispazos de identidad machista y grosera en nuestra costumbre "cuentachista" de Sábados Felices, famoso desde 1969; nos reconocemos en esa seriedad patética del exceso sentimental de don Jorge Barón, rey desde 1974; nos sentimos muy bonitos cuando nos encontramos con la ironía llamada Don Chinche (1983-1990) o Romeo y Buseta (1988) o Dejémonos de vainas (1990) o Vuelo secreto (1992). Somos también esa costumbre de no tragar entero y criticar con imaginación de Zoodiada (1990-1993) y Quac.

De todas estas costumbres legitimadas por la tele estamos hechos. Somos los hijos de las costumbres dignificadas por la pantalla. Somos esa nación que se imagina caribe, se reconoce humorística, ama a sus mujeres y habita la realidad como si fuera un melodrama. Nuestra costumbre mayor: ver la tele, ser sus hijos. 🌿

aún más, la telenovela nos permitió reconciliarnos con las costumbres nuestras, nos hizo quitar la pena de nuestros coloridos y alegres modos de ser, nos dignificó en la música, el humor y la leyenda.